

Diego Hurtado de Mendoza,

autor de la Segunda Parte de Lazarillo de Tormes

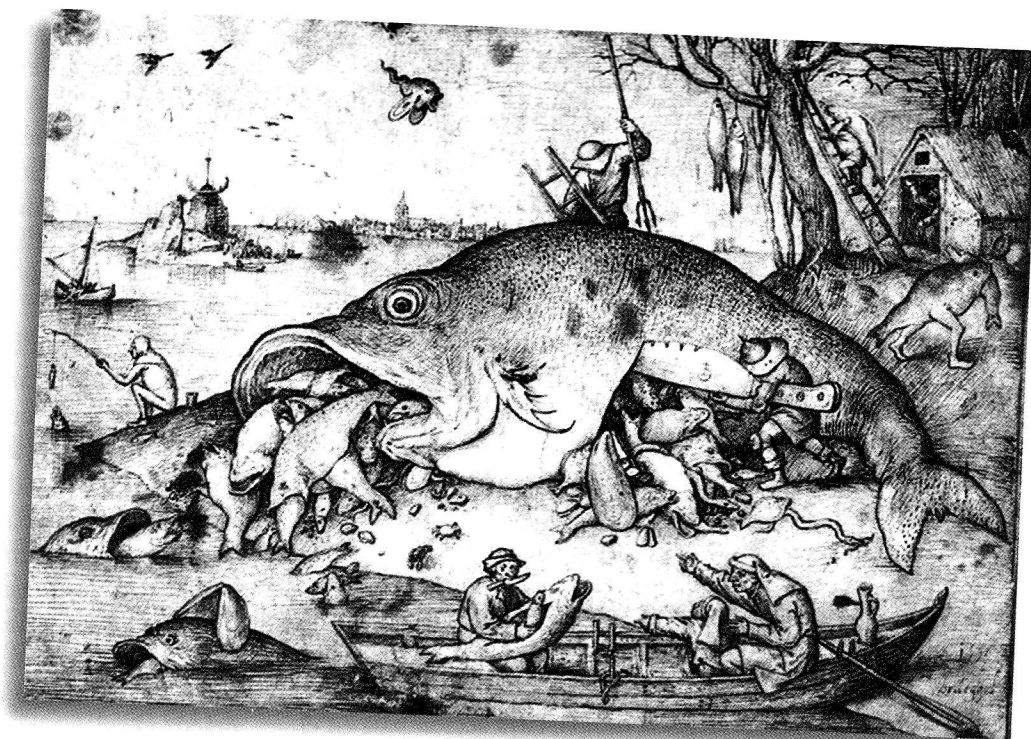
[Rosa Navarro Durán]

Antes de hablar de Diego Hurtado de Mendoza y de su continuación del *Lazarillo*, me gustaría recordar otras usurpaciones de personajes literarios. Por ejemplo, las continuaciones de *La Celestina* que precedieron a la del *Lazarillo*, que forman una compleja historia, porque Feliciano de Silva en su *Segunda Celestina* se atrevió nada menos que a negar la muerte de la alcahueta para poder hacer que siguiera con sus artimañas, y Sancho de Muñón hizo que lo desmintieran los propios personajes de su *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, que era la «cuarta obra y tercera Celestina». Juegos literarios sobre la vida y milagros de personajes, que aunque inmortales, morían y, sobre todo, tenían que ser fieles a sí mismos para poder ser reconocidos.

Alonso Fernández de Avellaneda, seudónimo bajo el que se escondió el dominico Baltasar Navarrete, como ha demostrado Javier Blasco, le robó el personaje a Cervantes y publicó su *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* un año antes de la auténtica *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615). Cervantes no sólo cambió la palabra «hidalgo» por la de «caballero» en el título de su obra para alejarse de la del usurpador, sino que creó en ella una inteligente venganza literaria. No era el primero que sufría en vida un robo de su personaje, porque Mateo Alemán vio cómo un Mateo Luján de Sayavedra publicaba la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* en 1602 mientras él aún estaba escribiendo la *Segunda parte de la vida de*

su personaje, que se imprimiría en 1604; el escritor hizo constar en la portada que era «su verdadero autor», y en el texto de su obra introdujo como personaje al ladrón, del que nos dio el nombre auténtico: Juan Martí, y además lo desdobló en dos hermanos.

Estas historias de usurpadores con seudónimo se desarrollaron a comienzos del siglo XVII porque, a partir de la pragmática de Felipe II del 7 de septiembre de 1558 sobre la impresión de libros, era obligatorio que constara el nombre del escritor en la portada de la obra; y al año siguiente, en 1559, el primer índice de libros prohibidos de la Inquisición corroboraba tal norma porque prohibió los «libros en romance que no tengan título o que no tengan el nombre del autor o del impresor o del lugar adonde fueron impresos»; por tanto, como los libros ya no podían publicarse sin nombre de autor,





estos para esconderse utilizaron los seudónimos. Tan sólo unos años antes, en 1555, Martín Nucio, el impresor de Amberes, editaba anónima *La segunda parte de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* junto a la original *La vida de Lazarillo*, que también se había publicado siempre así. Pero no hubo reacción alguna contra esa segunda parte porque el autor de la primera, Alfonso de Valdés, había muerto mucho antes, en 1532, y además no había puesto su nombre en su espléndido relato, como tampoco lo hizo el usurpador, pues ambas obras eran de alto riesgo.

Esta segunda parte es muy extraña porque lleva a su protagonista nada menos que al fondo del mar, donde sufre una curiosa metamorfosis en atún y vive unos cuatro años en el reino marino de los atunes. En 1620 Juan de Luna, un profesor de español y predicador protestante, exiliado en Francia (luego se iría a Inglaterra), arremeterá contra ella, diciendo que es disparatada y que no tiene rastro de verdad, en el prólogo de su propia *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes, sacada de las corónicas antiguas de Toledo*, que publica en París (y que muestra ya la influencia de *Don Quijote*). A Menéndez Pelayo no le gustó tampoco nada aquel *Lazarillo* de los atunes, y en su *Historia de los heterodoxos españoles* dijo de la novela: «Es de todo punto necia e impertinente, y el anónimo continuador dio muestras de no entender el original que imitaba. Convirtióle en una alegoría insulsa, cuya acción pasa en el reino de los atunes».

En efecto, *La segunda parte de Lazarillo de Tormes* no es una obra genial como el *Lazarillo* al que pretendía continuar, pero no está mal escrita; lo que sucede es que ni Juan de Luna ni Menéndez Pelayo entendieron cuál era su sentido, qué es lo que se escondía en el fondo del mar, es decir, bajo la alegoría de los atunes. Varios estudiosos han apuntado interpretaciones de su contenido, así se ha visto a turcos, a moros y judíos conversos, incluso a la orden de Malta bajo la piel de los atunes, y a un Lázaro atún convertido al Islam. Richard E. Zwez en 1970 publicó un ensayo, *Hacia la revalorización de la Segunda parte del Lazarillo* (1555), en donde, tras analizar el marco histórico en que se desarrollaba la novela, indicaba que el rey de los atunes tenía algunos defectos de Carlos V y, por tanto, que el relato podía estar situado en su corte. Es evidente, pues, que la alegoría es difícil de descifrar y lo es, sobre todo, si desconocemos la intención de su autor al no saber quién fue. ¿Pero, qué cuenta esta extraña *Segunda parte*?

Lázaro de Tormes en el fondo del mar

Empieza el relato con un Lázaro «en la cumbre de toda buena fortuna», como se dice al final del *Lazarillo* auténtico, y eso consiste en que se pasa todo el día comiendo y, sobre todo, bebiendo en los bodegones toledanos gracias a sus amigos los tudescos, que le invitan siempre. Vive días de hartura en esa compañía de buenos tragones, bebedores y derrochadores que forman el séquito de Carlos V. Pero, como todo lo bueno se acaba, «se mudó la gran corte» de Toledo, y esos amigos de Lázaro se van. Al pregonero le nace una niña, que, como cualquier lector del *Lazarillo* auténtico puede suponer, no es suya aunque su mujer le jura que lo es; pero enseguida la fortuna vendrá a aguarle esos «pocos años de sabrosa y descansada vida», y nunca mejor dicho lo de «aguar», como veremos.

Llega a Toledo la noticia de la expedición a Argel, y la codicia lleva a Lázaro a enrolarse en ella pues piensa volver cargado de riquezas. Su mujer le anima porque así podrá volverse con el arcipreste, y además le pide una esclava para que la sirva y dinero para casar a su niña. Se embarcará en Cartagena al servicio de un caballero de la Orden de San Juan, aunque por poco tiempo porque la tempestad va a destrozar la armada del Emperador, y no los moros, a los que Lázaro no llega ni a ver. Su barco, como otros, queda destrozado por los vientos y olas, y el episodio del naufragio acabará con un Lázaro que pone en práctica lo de «Muera Marta, pero muera harta», aunque él cambia la comida por la bebida. Dos horas después de

amanecer, destrozado el barco, lleno su cuerpo de vino, echa mano a su espada toledana y empieza a bajar mar abajo.

Así comienza su aventura marina, que va a ser el centro de su relato. Si puede vivir en el fondo del mar es porque el agua no se atreve a entrar en un cuerpo que es odre de vino; lo que sucede es que Lázaro, en un descuido, suspira y traga agua salada, cosa que le provoca tal malestar que busca refugio en una cueva para poder defenderse mejor de los peces que le han estado acosando siempre con muy malas intenciones y que él ha mantenido a raya hasta entonces gracias a su espada.

Se hace de noche, ve que no podrá resistir mucho tiempo sitiado, mezcla plegarias a Dios, a la Virgen, a los santos con los rezos supersticiosos de las oraciones que libran de los peligros del agua, y por fin se produce el milagro: su metamorfosis en atún, porque tales eran los peces que lo cercaban. Es ya como ellos y entiende además su lengua; sale de la cueva, se mezcla con los atunes y se ofrece a acabar con el enemigo, es decir, con él mismo.

Con cierto teatro, entrará en la cueva vacía, y con él lo hará, después de ver que no hay peligro alguno, el capitán general, y enseguida atunes y más atunes, de tal forma que su acumulación es la que les pone en peligro de muerte. Para evitar morir asfixiados, le pide permiso al general para matar a algunos de sus soldados, y este se lo dará enseguida; al final los vivos van a dar buena cuenta de los muertos comiéndoselos. El jefe de los atunes le promete una gran recompensa si logra que se salve; pero acabado todo, resulta que ese gran premio es su propia espada toledana. Lázaro se queda atónito ante tal comportamiento, pero va a ser sólo el comienzo de la ingratitud del personaje, al que no da nombre hasta muy adelantado el relato. Sí, en cambio, se lo da a un buen atún, valiente, testigo de la cobardía del general, que estará siempre a su lado como un muy buen amigo: el capitán Licio. Precisamente él va a ser la víctima de la venganza del general porque al ir a la corte, este lo denunciará al rey, quien «mal informado y peor aconsejado», lo apresará y condenará a muerte. El general lo acusa de traición y de haber amparado al atún malo y cruel que había matado a mucha gente de su ejército.

Estamos ya en pleno mundo cortesano presidido por un rey de los atunes que actúa equivocadamente por hacer caso a traidores y cobardes. Lázaro se va a convertir en un auténtico caballero de los mares porque adiestra en el uso de la espada a su amigo y a sus tropas, sabe hacer maniobras militares con ellas, y además actúa siempre con ética y fidelidad. Así en compañía del hermano del capitán Licio, Melo, irá a liberarle, y conseguirá salvar a su



amigo de la muerte en el último momento. Después irán a casa del general, al que ahora sí llama Paver (nombre acorde con su cobardía), y acabarán con él. Luego manifestarán su fidelidad al rey, que, al ver la fuerza de sus tropas, cambiará de actitud y acabará luego convirtiendo al atún Lázaro en su consejero y privado, y a Licio le dará el puesto de capitán general.

Este Lázaro es otro evidentemente, y no por su condición de atún, sino por su comportamiento ejemplar como capitán de ejército, como amigo, como fiel súbdito del rey. En su condición de privado, hará, en cambio, lo que suelen los privados: aconsejarle al rey que aumente sus impuestos y beneficiarse de ello. Esa versatilidad del atún cortesano Lázaro nos permite ver cómo el escritor se identifica con él en su etapa intachable y cómo lo utiliza para fustigar al monarca y a su entorno. Porque ese ascenso en honores de Licio y de su amigo Lázaro no se debe a que el rey se hubiera dado cuenta de su error, sino a que Licio tiene una cuñada, Luna, que es una hermosísima atuna doncella y que se va a convertir en amante del rey. Y al cabo de un tiempo, este la va a casar con su privado Lázaro, que, como dice él, aun así sube porque va de arcipreste a rey.

Lázaro, ya asentado en el oficio de valido, pasa el tiempo obsesionado con el oro que se hace traer del fondo del mar, restos de perdidas naves y batallas, que de nada puede servirle en su condición de atún. Hasta que de pronto, anuncia el capítulo xv: «Cómo andando Lázaro a caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la Verdad». Ese encuentro —del que poco se dice— anuncia, en cambio, el final de su vida marina, que vendrá al acompañar a las atunas a desovar en la costa andaluza de los atunes, propiedad de los duques de Medina Sidonia. Allí Lázaro acabará en las redes de los pescadores; y estos, tirando de la espada que él nunca había abandonado, le sacan medio

cuerpo de hombre por la boca de atún. Se liberará de la otra mitad de pez, ya corrupta, en un cadalso ante toda la gente que contempla asombrada su nuevo nacimiento, porque unos hombres tiran de la parte de hombre y otros de la de pez, y él sale desnudo hecho nuevo hombre. El duque le regala un vestido de viaje, y con él regresa a Toledo, donde nadie le reconoce, porque su segunda metamorfosis no se había completado aún al no haber recobrado el color de su cara: la tenía gualda, cuando antes era «como una muy rubicunda granada». Acabará en la cárcel, y allí en sueños recibirá la visita de su amiga la Verdad, que le reprocha las mentiras dichas; y al despertar, por fin, habrá recobrado su auténtico aspecto, lo reconocerán su mujer y el arcipreste, y podrá ver a su «niña, ya casi para ayudar a criar otra».

Vuelve a su buena vida, es decir, a la bebida; sólo que al cabo de un tiempo le entran ganas de ver mundo y decide ir a Salamanca, donde «tienen las ciencias su alojamiento». Y el escritor, no acordándose de que Lázaro es de Tejares y había vivido en Salamanca, hace que descubra asombrado la ciudad. Todo es para acabar en una disputa dialéctica de contenido folklórico nada menos que con el rector de la Universidad, al que por cuatro veces contesta Lázaro brillantemente mostrando su ingenio ante todo el mundo. Acabará cenando y bebiendo con los estudiantes, que lo homenajean con lo que han conseguido vendiendo los libros, y a los que desplumará con su arte en el manejo de los naipes. Con su dinero regresará a Toledo, en donde se le ocurre la idea de fundar una academia para enseñar la lengua atunesca, aunque enseguida lo desecha. Y llega el final del relato de Lázaro: «Esto es lo sucedido después de la ida de Argel. Lo demás, con el tiempo, lo sabrá Vuestra Merced, quedando muy a su servicio Lázaro de Tormes».

Una alegoría política contra el emperador y su corte

Cualquier lector advierte que al escritor no le interesa que su personaje sea como Lázaro de Tormes ni que tenga una actuación coherente en su propia obra; si primero lo hace comilón y borrachín, luego, ya atún, lo convierte en un auténtico estratega militar en el reino de los atunes y en un fiel amigo del capitán Licio, tanto que consigue, liderando a su gente, liberarle de ser ajusticiado por culpa del traidor y cobarde capitán general, don Paver. Su etapa de privado del monarca y de marido de su amante ya lo lleva a un terreno más cercano al Lázaro auténtico porque pone en práctica los consejos de su amo, el escudero, aunque los supera en mucho por su astucia en el

desempeño de tal cargo, al lado de un rey que sólo espera un privado como él, que le diga lo que quiere oír y que le dé ideas para aumentar los tributos de sus súbditos en su propio beneficio.

No acaban aquí los cambios de ese versátil Lázaro de Tormes porque, cuando, a pesar de su sobrenombre, decide «descubrir» Salamanca, se convertirá en el vencedor nada menos que del rector de la Universidad gracias a su astucia e ingenio, y acabará vitoreado por el gremio de los estudiantes, a quienes deja luego desplumados con su dominio de los naipes.

Lázaro atún va a ser en cada momento lo que quiera su creador porque a este no le preocupa que guarde decoro alguno, es sólo un instrumento a su servicio. ¿Y qué pretende el escritor? Es fácil también advertir que su objetivo no es la religión, ni la cristiana ni la musulmana, ni hay mirada alguna de conversos. No intenta justificar el «milagro» de la metamorfosis de Lázaro, aunque vaya precedida de oraciones por la situación de desespero del personaje; sencillamente es una transformación tan inverosímil como la historia del vino que no deja entrar el agua en el cuerpo del caminante del fondo del mar. Con razón dijo Menéndez Pelayo, al descalificar la obra, que había que relacionarla con la *Historia verdadera* de Luciano. En ella dice Luciano o el narrador de su historia: «Escribo sobre cosas que jamás vi, traté o aprendí de otros, que no existen en absoluto ni por principio pueden existir»; sus protagonistas sufren un naufragio y son tragados por una inmensa ballena, en cuyo vientre viven. En él hay un bosque, donde habitan diversos pueblos, como «los manosdecangrejo» y «los cabezatunes», que van a iniciar una guerra contra «los saladores, tribu de ojos de anguila y rostro de bogavante» y su jefe «Atunero».

Pero la finalidad del autor de *La segunda parte* no es tampoco la sátira contra los relatos prodigiosos al modo de Luciano, sino que la dirige, bajo la alegoría marina, hacia un blanco muy claro: la corte del rey de los atunes. Y, como he dicho, Richard E. Zwez ya vio las semejanzas entre ese rey de los atunes y el que reinaba en buena parte de Europa en el momento de la escritura de la obra: Carlos V. Curiosamente el relato se publica además en Amberes, y el mismo año en que el Emperador va a renunciar a su gobierno de los Países Bajos a favor de su hijo el príncipe Felipe.

En el breve preámbulo al desarrollo de la acción que es el primer capítulo, nos damos cuenta de que lo importante no es que Lázaro coma y beba, sino con quien lo hace: con los tudescos del séquito de Carlos V. Ellos son los buenos comilones, los bebedores, y ellos son los que gastan el dinero público, ¡poca simpatía les tiene el escri-



tor! Se marchan de Toledo con la corte imperial, y esto no ocurre, por tanto, con el fin de las Cortes —ni de las de 1525 ni de las de 1538—, sino con la salida del Emperador hacia Europa. Para el tiempo relativo de la obra, medido por la edad de la hija de Lázaro, convendría la fecha de 1529, en que Carlos V se dirige a Barcelona para embarcarse hacia Italia.

Después de un tiempo de prosperidad, vemos a ese Lázaro borrachín enrolado en la expedición de Argel, de octubre de 1541, que va a ser el gran desastre de Carlos V y un auténtico fracaso personal suyo porque él fue quien se empeñó, contra todos los consejos, en emprenderla en un tiempo muy poco propicio para hacerse a la mar. Además él quiso intervenir personalmente en lo que iba a ser el gran ataque a los moros, y su presencia fue una de las causas de la muerte de muchos de sus soldados, que fueron abandonados a su suerte para ponerlo a él a salvo. Quien escribe la obra sabe muy bien lo que pasó en Argel, y no está dispuesto a echar tierra sobre el asunto, sino todo lo contrario.

No es difícil además asociar lo que cuentan los historiadores de la expedición de Argel con la curiosa historia de la cueva donde se refugia Lázaro, que acaba siendo una trampa mortal para los propios atunes porque se ahogan al amontonarse más y más, mientras no hay enemigo alguno con el que luchar; y el capitán general aplaude el sacrificio de sus soldados para no perecer él ahogado. Así sucedió en el mar real: la salvación del Emperador significó la

muerte de muchos de sus soldados, porque no les quedaban barcos, destrozados por las tempestades. Prudencio de Sandoval, fiel cronista del Emperador, narra el desastre y precisa cómo tuvieron que echar por la borda a muchos caballos e incluso sacrificarlos para comérselos y así poder escapar del mar embravecido.

Alfonso de Valdés eligió muy bien el desastre de la batalla de Gelves (1510), la gran derrota frente a los moros de Fernando el Católico, como fecha que da inicio a la vida literaria de su Lázaro de Tormes, porque quería destacar el fracaso del rey siempre alabado por los nobles castellanos, y lo hacía frente a la figura de un victorioso Emperador entrando en Toledo (1525), con la que cierra su relato. También el autor de *La segunda parte* supo elegir muy bien el hecho histórico que más convenía a su intención: el desastre de Argel de 1541 (no escogió, en cambio, la victoriosa batalla de Mühlberg de 1547) porque la diana de su sátira era nada menos que el Emperador.

¿Un lector contemporáneo no asociaría al rey de los atunes y su afición por las bellas atunas con el Emperador? No hay que olvidar que se fecha hacia 1547 el nacimiento de Juan de Austria, el hijo de la bella Bárbara de Blomberg, a la que casaría luego el Emperador con Jerôme Pyramus Kegel. Y no sería difícil que se viera reflejada su afición a los manjares exquisitos en ese rey de los atunes, aficionado a los sollos «por ser de preciado sabor», como subrayó también Richard E. Zwez, y a las sollas por otras razones.

Los impuestos que Lázaro atún, ya como privado, aconseja que ponga a sus súbditos el rey de los atunes en su propio beneficio mientras logra él mismo grandes mercedes, están también apuntando a una corte muy precisa, la imperial. No queda tampoco muy disimulado el dardo contra las continuas peticiones y exigencias de dinero que el Emperador hacía a sus súbditos por los inmensos gastos de sus campañas militares y los de su corte.

Pero ¿qué escritor español pudo escribir una sátira tan atrevida contra tan alto personaje? ¿y qué le movió a ello? La respuesta apunta a un escritor satírico, muy culto, aunque sólo mediano prosista, de una poderosísima familia castellana, los Mendoza, hijo del Gran Tendilla, que tenía motivos para el tremendo rencor que le llevó a esa venganza literaria: Diego Hurtado de Mendoza. Martín Nucio editó en 1555 *La segunda parte de Lazarillo de Tormes* junto al auténtico *Lazarillo* y no lo hizo porque este fuera breve (pues lo había editado solo el año anterior), sino porque debía de conocer a su autor, un gran bibliófilo, un noble que había ocupado puestos muy relevantes en la diplomacia imperial y que por su ineptitud, por su desmesura, por sus continuos errores diplomáticos, fue destituido de todos sus cargos por el Emperador en 1552.

Diego Hurtado de Mendoza, autor de la historia de Lázaro en el reino de los atunes

Se suele asociar a Diego Hurtado de Mendoza su condición de embajador del Emperador en Venecia, rodeado de artistas y escritores, su notabilísima biblioteca, que legó a Felipe II, su muy sólida formación de humanista, su conocimiento de lenguas (leía a Aristóteles en griego, y escribió una paráfrasis de toda su obra en latín). Pero hay también otra imagen del personaje: un altanero Hurtado de Mendoza sin visión política y sin tacto diplomático, que fracasa rotundamente en su última misión como capitán del destacamento militar español en Siena, plaza que el Emperador perdió por su culpa.

No puedo detallar los fracasos de Hurtado de Mendoza, sus desaciertos al empeñarse en que se construyera una costosísima fortaleza, a la que eran totalmente contrarios los sieneses, su represión política, y al mismo tiempo sus continuos gastos y viajes porque tenía una lujosa residencia en Roma, como embajador también en esa ciudad, y una afición desmedida por las antigüedades y los libros. Remito al lector al libro de Vicente de Cadenas y Vicent sobre *La república de Siena y su anexión a la corona de España* (Madrid, 1985), al epistolario del escritor que publicaron Ángel González Palencia y Eugenio Mele en su *Vida y obras* (Madrid, 1941-1943) y al

inventario que hace Hobson de su biblioteca en *Renaissance Book Collection. Jean Grolier and Diego Hurtado de Mendoza, their Books and Bindings* (Cambridge, 1999).

En el epistolario se incluyen cartas de otros personajes políticos que dan una imagen fidedigna de la actuación de Hurtado de Mendoza en Siena; por ejemplo, le escribe el duque de Florencia al virrey de Nápoles, Francisco de Toledo, el 3 de agosto de 1552 maldiciendo el día en que llegó don Diego a Siena por las sospechas que ha levantado entre los sieneses; incluso teme que, siendo como es, querrá luego extender el fuego a la Toscana y poner en peligro a Florencia: «Solo diremo a V.S. che nella malora arrivñ qui Don Diego; el quale doppo la sua venuta ha fatto tanto insospettire li Senesi, che dove si contentavano della Capitolazione, buona parte, cosichè cavillandoli non sappiamo l'esito quale sarà. Et perchè secondo la natura di questo galantuomo havendo rovinato Siena, vorrà in ogni modo appiccar questo foco in Toscana e metter in pericolo Fiorenza». Anuncia con perspicacia que será el fin de don Diego, y subraya que no quiere ser cómplice de su negligencia: «Questo sarà il fine di don Diego. Volendo per questo non farmi compagno alla sua neglilentia per non dir altro» (González Palencia / Mele, 1943: III, 366-367).

En carta fechada el 30 de julio de 1552, Cosme de Médicis le informó al Emperador minuciosamente del mal gobierno de don Diego, y en otra del 6 de agosto le daba cuenta de cómo había rechazado la ayuda militar que le había ofrecido. Por fin, Carlos V lo iba a despostrar de todos sus cargos, lo llamó a Alemania, a su corte, y luego no quiso recibirlo durante días. Además Hurtado de Mendoza conspiraba contra el Emperador pretendiendo que el mando de los Estados italianos pasara a su sucesor, al príncipe Felipe. A él le describirá precisamente sus sentimientos ante la actitud de Carlos V hacia él contándole lo que le dijo en su entrevista:

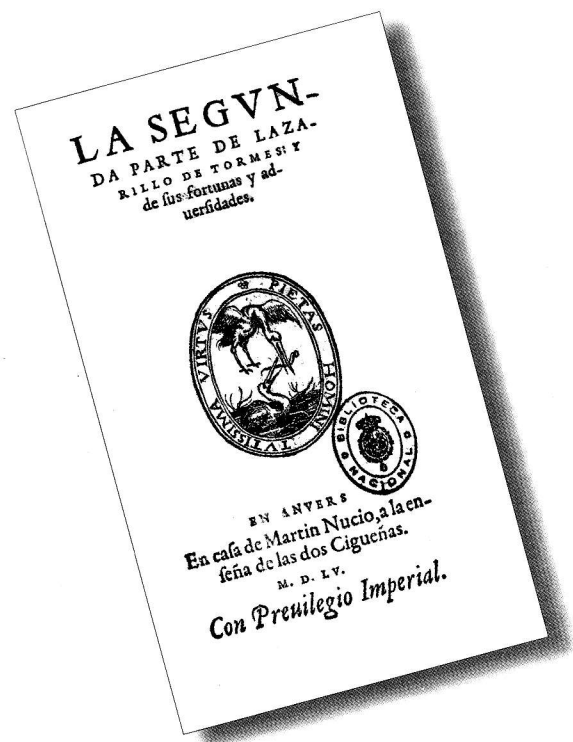
Las causas por que me partí fueron por dar cuenta de mis acciones a V. A., porque ya a S. M. no tenía obligación como criado, porque ministros dijeron que S. M. no se servía más de mí, porque me excluyó S. M. de algunos cargos, para que fui nombrado, con palabras poco convenientes a sí y a mí, porque no quedó por S. M., habiéndole servido veintidós años, de quitarme la reputación y aun la honra si pudiera, y al tiempo que esperaba gratificación y remuneración, traerme a términos de justificación.

Porque S. M. ha hecho conmigo solo lo que con criado ministro, y esto sin causa y a instancia de mis enemigos, de lo que estoy y viviré muy sentido y agraviado perpetuamente, quanto S. M. y yo viviéremos, no me reparando la ofensa que me ha hecho. (González Palencia / Mele, 1943: II, 283-285)

Una persona que se atreve a contar al príncipe Felipe lo muy agraviado que se siente por cómo le ha tratado su padre, el Emperador, encaja perfectamente con el perfil del escritor que escribió la alegoría política de Lázaro en el reino de los atunes. Y si a ello le añadimos que era prosista satírico y hombre que había leído a Luciano y a Plinio (que habla de la organización militar de los atunes), y noble de alcurnia, diplomático y militar, y que se movía muy bien entre el mundo de librerías y editores, vemos que las piezas unidas forman el retrato del autor de *La segunda parte*. No olvidemos sumar a ello su mucha vanidad, que le lleva, por ejemplo, a ofenderse terriblemente porque el Papa ha cedido su lugar en la Misa de la Navidad de 1547 a su nieto Horacio, duque, como le escribe al Emperador y le cuenta que el Papa «comenzó a torcer las manos y a dar nalgadas en la silla con hartos poca reputación», y que él se marchó sin despedirse ni esperar su bendición; otro ejemplo de su soberbia nos lo da una carta de 1549 que escribe a un pariente suyo contándole su enfrentamiento con el confesor del Emperador Domingo de Soto, «porque sé más filosofía que él», ¡no es raro que imaginara al *alter ego* a ratos que es su Lázaro ridiculizando al mismo rector de la Universidad de Salamanca!

La segunda parte de Lazarillo y las obras de Hurtado de Mendoza

Diego Hurtado de Mendoza fue destituido de todos sus cargos a finales de 1552, y *La segunda parte* se publicó en 1555, es decir, coincide el tiempo posible de escritura de la alegoría con el de su fracaso político. Su formación y sus cargos le daban todos los conocimientos necesarios para escribirla porque Lázaro aún sabe de alardes militares y de hacer caracoles con caballos y además tiene como modelo al cordobés Gonzalo Hernández, es decir, el Gran Capitán, que estuvo bajo el mando de su padre, el Gran Tendilla, el héroe de la conquista de Granada. Aunque podría añadir muchos más datos, baste decir que un hermano suyo, Bernardino de Mendoza, mandaba las naves que salieron de España para participar en la expedición de Argel. Y si se quiere, un detalle anecdótico: su afición a las lenguas, que puede comprobarse en las reflexiones que hace en sus obras en prosa sobre el uso y etimología de determinadas palabras; este dato casa perfectamente con la insistencia de Lázaro en el dominio de la lengua de los atunes e incluso con su voluntad última de crear en Toledo una academia de lengua atunesca. O la obsesión por la nobleza, y desde una perspectiva del noble que desprecia a los que no lo son, porque Lázaro aún precisa cómo



iban a ajusticiar a su amigo Licio, atún ahidalgado, como le correspondía; en cambio, se burla de los atunes que sin ser nada pretenden ponerse un don en la cola.

Su poesía nos ofrece asuntos comunes con *La segunda parte*; tanto la dipsomanía como las prostitutas o lo escatológico están presentes en ambas, porque el Lázaro aún habla de las atunas de mundo que acompañan al ejército marino, y le gusta hacer bromas fáciles con el beso en la cola de los atunes. Su poesía burlesca tiene todo ello, y también habla de los sinsabores del servicio a monarcas: «Servir a reyes, residir en corte, / es todo humo de esperanzas vanas, / y no os darán jamás cosa que importe». Incluso asoma en ella el sufijo *—eta*, italianizante, que está en la «riseta» del malvado Paver en el relato, en palabras como «señoreta», «isleta», «chineleta».

Pero es su prosa la que nos ofrece concordancias más llamativas; lo que sucede es que no se editó su obra en vida del escritor, y se discuten aún las atribuciones que se le hacen en los manuscritos en donde nos han llegado. Paz y Melia publicó en el XIX, en las *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, unos breves textos satíricos que se le atribuyen con mucha razón; tanto en ellos como en la *Guerra de Granada*, hay expresiones, palabras y asuntos comunes a *La segunda parte*. Remito al lector que quiera comprobarlo, o que se haya quedado con ganas de saber más del autorretrato que las cartas del propio Hurtado de Mendoza nos pintan y que concuerda

con el del autor del relato de Lázaro atún, a mi prólogo a la edición de la obra en el volumen v de *Novela picaresca* de Biblioteca Castro. Voy a dar solo una mínima muestra de ello.

En su *Carta del bachiller de Arcadia* utiliza la palabra poco usual *jábega*, que también está en *La segunda parte*, pero además lo hace en una comparación marina aplicada a una batalla, la de Mülhberg:

Pero notad, por mi vida, esta comparacioncilla que me viene a la boca. Si los que os reprehenden hubiesen estado en Málaga donde se tiran las jábegas, habrían visto que, cuando sale alguna muy llena de pescado, cogen los pescadores el mejor y más grueso para el señor de la jábega, dejando lo menudo y lo que menos vale a la pobre gente que quiere llegar a tomallo. Pues ¿qué otra cosa ha sido esta victoria de Sajonia que una redada grandísima de pescado donde los coronistas del dueño de la armadilla cogieron, como creo habrán cogido, lo bueno, y de lo bueno lo mejor de tantas hazñas para dejallo escrito por pompa del mundo, y para mayor gloria de su amo y de sus sucesores?

Y todavía hay una concordancia más manifiesta en sus palabras al capitán Salazar: «si queréis jugar, y os metiéredes luego en la baraja, tratadme lo peor que pudiéredes, haciéndome un librillo, y guardadme la cara al basto y triunfad del manjar que quisiéredes». Y en *La segunda parte*, será el capitán general quien le diga al atún Lázaro: «Pues así es, guarda la cara al basto y triunfa de todos esos otros», animándole a matar a los otros atunes (que luego van a comerse) para poder salir a salvo de la cueva.

El *Sermón de Aljubarrota*, atribuido con razón al escritor, contiene tres anécdotas de estudiantes salmantinos del tipo del epílogo a la historia de Lázaro atún y una nueva versión del «Muera Marta, pero muera harta», que pasó a ser parte de la vida del Lázaro atún. Voy sólo a añadir a ello el uso de una palabra de heráldica, que es muy significativa en la definitiva metamorfosis de Lázaro: «gualda»; dice en el *Sermón*, al final de un chascarrillo escatológico que les quedó «en los hocicos las cinco quinas, no azules, como el Rey las trae, sino con aquella gualda

amarilla que tenía». Lázaro le pide un espejo al carcelero al ver que nadie le reconoce y se da cuenta de que se ve «muy desemejado del ser de antes, especialmente del color que solía tener, como una muy rubicunda granada, digo, como los granos de ella; y agora, como la misma gualda». Y «gualda» es una palabra de origen alemán, mientras la granada que caracterizaba al personaje lo vincula con su origen (no olvidemos que Hurtado de Mendoza era granadino). De allí que cuando vuelva a su verdadero color, el de la granada, tras la aparición en sueños de la Verdad, también recobre su identidad porque le reconocen, y así acaba realmente su metamorfosis.

Coda

A Diego Hurtado de Mendoza le gustaba ir de tema en tema, añadir incisos o contar facecias. Le placía hablar de lo escatológico, de lo erótico al modo celestinesco, o satirizar la vanagloria de los que pretendían aparentar nobleza sin serlo o atacar la corrupción de la justicia. Todo ello está en su poesía y en *La segunda parte del Lazarillo*, una obra menor como creación novelesca, pero sumamente interesante como sátira cortesana del momento.

Es evidente que no se puede analizar una obra literaria al margen de su contexto, pero a veces su transmisión impide que nos demos cuenta de cómo está relacionada con él. Saber quién es su autor es un dato indispensable para poder empezar a entenderla, para ver detrás de ese lucianesco rey de los atunes a la figura del Emperador, satirizado por un miembro de una de las más poderosas familias castellanas y que era además un escritor bien conocido y culto: Diego Hurtado de Mendoza. Ya en 1607 el bibliógrafo flamenco Valerio Andrés Taxandro le atribuyó *La vida de Lazarillo de Tormes*, y a partir de entonces otros muchos lo hicieron; pero Diego Hurtado de Mendoza no pudo escribir de ninguna manera *La vida de Lazarillo de Tormes*, que no refleja ni sus preocupaciones ni sus intereses ni estaba al alcance de un prosista mediocre como él; pero sí escribió *La segunda parte de Lazarillo de Tormes*, que exhibe todo ello. ■ ■

